

**GUERRERA DE ÉBANO**  
Relato Histórico Novelado

Por **Claudio Novillo**

Copyright© **Claudio Novillo**, 2019

Buenos Aires - Argentina

**C.N. PRODUCCIONES** - Argentina

cnproducciones@aol.com

Diseño de la cubierta: **Claudio Novillo**

Primera Edición

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446. Queda hecho el depósito que exige la Ley N° 11.723.

Es Propiedad del autor.

ISBN N°: 9798618732987

Sello: Independently published

Dedicado a mis mujeres  
Para *Alita*, la madre de mis hijas.  
Quién significa más, de lo que las  
palabras pueden expresar.

Mis hijas, columnas vertebrales:  
*Juliana, Paula y María José.*

Mi nieta *Martina*, que ya se perfila.

Y mi querida madre: *Zizita.*

## NOTA DEL AUTOR

Esta obra está basada en hechos reales y enmarcada en el estilo literario de un relato histórico novelado, buscando constantemente, estímulos visuales y conceptuales que ayuden a vivenciar lo que se quiere transmitir. Muchos de sus protagonistas son reales. En algunos eventos fueron sustituidos algunos nombres reales junto a la adición de otros de existencia ficticia, para dar mayor vuelo al relato, aunque las figuras principales mantienen su nombre real.

La historia está inspirada en la vida de una mujer parda que, por su actividad, tuvo incidencia en sucesos importantes de la época colonial y posteriormente durante el proceso independentista. Su protagonista, María Remedios del Valle, quedó en la historia como "*La Madre de la Patria*". Una parda de nacimiento, como lo determinaba el sistema de castas vigente. Además de la desigualdad étnica se sumaba la adquirida sólo por ser mujer, situación que ella demostraría a lo largo de su vida, que no estaba decidida a obedecer.

Fue madre, hermana, hija y esposa, pero sobre todo, fue una guerrera. Nació en Buenos Aires a mediados del siglo XVIII, participó en la defensa de Buenos Aires en las invasiones inglesas y acompañada de su marido e hijos, formó parte del Ejército Auxiliar del Alto Perú primero y del Norte luego, siendo protagonista de una triste historia de injusticia y olvido.

Rudyard Kipling escribió en su curioso poema "*The female of the species*" que la hembra de cualquier especie, incluyendo la humana, es siempre más letal que el macho. Históricamente la guerra fue cosa de hombres y se excluyeron a las mujeres de la vanguardia de los ejércitos; sin embargo, la imagen de la mujer armada y peligrosa blandiendo una espada o abatiendo enemigos con arco y flechas, abunda en muchas mitologías.

En el Virreinato del Río de la Plata, las mujeres de todas las clases sociales tuvieron un rol primordial durante la revolución y la instrumentación militar que acompañara el proceso. La presencia femenina en los campamentos militares y en los campos de batalla de la época, fue una constante. De manera particular, en el noroeste y en el Alto Perú, el sistema de mujeres cuarteleras estaba tan bien diagramado que incluso tenían el nombre de "rabonas". En algunas unidades su número llegó a ser superior a los soldados.

Las mujeres siempre fueron asociadas a los sentimientos, a la bondad, a cuidar, al perfil bajo y a la delicadeza. A esto podríamos agregarle que físicamente son menos fuertes que los hombres, aunque esto no se cumple en todos los casos. Bajo estos estereotipos, se entiende porqué fue tan difícil imaginar damas luchando en una guerra. En las batallas todo era violencia, y para triunfar se debía ser fuerte, despiadado y sin corazón -características que pocas veces fueron otorgadas a las féminas-. Fue así que, la participación de la mayoría de las mujeres durante las guerras, se limitó a la alimentación de los soldados, remendar uniformes y cuidar las heridas de quienes habían caído en batalla.

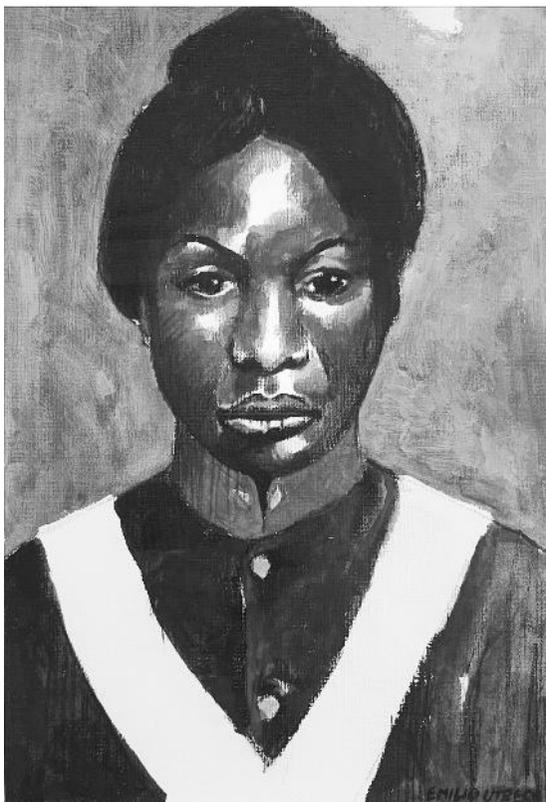
Pero la experiencia de Remedios y el cómo las mujeres se comportan en algunas situaciones, demuestra que sus habilidades fueron subestimadas. Cuando la situación lo amerita pueden ser tan estratégicas, crudas y brutales como lo es cualquier hombre. El problema es que cuando así se comportan, se les otorgan calificativos de machona, loca, histérica, resentida y un tristísimo etc.. Iguales habilidades que en los hombres, son vistas como fortalezas, en las mujeres constituyen algo negativo. Y sobre todo, históricamente, se malgastó su generosa capacidad de maquinari y crear cosas increíbles. Inclusive, invisibilizando a las pocas mujeres que lograron romper con este estigma.

De esto trata la novela. Volver visible a una "negra" a una "mujer". Que lo diera todo por su patria, por sus sueños.

Concluida la guerra, con mucha pena y sin ninguna gloria, regresó. La indiferencia la recibió en la ciudad de Buenos Aires. Pasó un largo tiempo golpeando puertas y escribiendo misivas a quienes habían sido sus pares en el campo de batalla sin obtener respuesta. Sumida en la indigencia, se refugia en una casona derruida de las afueras, hasta que el hambre y el desamparo la conducen a mendigar en las iglesias, en el puerto o en la Plaza de la Victoria; llegando incluso a recurrir a las sobras que le tiran a los perros, para poder alimentarse.

—*¿Por qué había terminado así?*—Se preguntaba cada día. Cada noche se acostaba en una cama que no era suya y que olía a miseria, un horrible hedor a miseria y a olvido.

Claudio Novillo



**Capitana María Remedios del Valle (1767 - 1847)**  
Por su comportamiento, el General Belgrano la designa  
“Capitana del Ejército”. Los soldados la llamaban: “*La madre de la patria*”.

Relato Histórico Novelado  
**GUERRERA DE ÉBANO**  
Por Claudio Novillo

Aquel día de junio de 1827, tras las intensas lluvias que duraron varias jornadas, el cielo amaneció con una hermosa tinte de azul intenso. Una suave y templada brisa subía desde el río.

Los sonidos del poblado desperezándose, se desparramaban ante una nueva jornada que se iniciaba mansamente, como todas las mañanas. Aquel invierno no había arribado inclemente, sino extraño. Demasiado caluroso para ser invierno.

En la ciudad de Buenos Aires, se vivía una etapa de gran prosperidad económica, principalmente, por el crecimiento del sector ganadero, la instalación de numerosos saladeros de carne y las exportaciones de cueros; ayudados por la comunidad inglesa -principalmente irlandeses - y la francesa dedicados al comercio. Aunque la sociedad, estaba un tanto alterada, por los enfrentamientos constante entre unitarios y federales, sumados a los cinco años de guerra con el Brasil.

Si bien fue establecida por Garay con el nombre de "Ciudad de la Santísima Trinidad en el Puerto de Santa María de Buenos Ayres", la importancia comercial que adquiriría precisamente por su condición portuaria, definieron el nombre con que sería conocida en el mundo: Buenos Aires.

Detrás de las albarradas, se movían inquietos pollos y pavos, mientras perros bien alimentados, se desgañitaban ladrando. A grito pelado el sereno, reloj y barómetro ambulante, voceaba:

—¡Las nueve han dao y sereno!— Iba rondando las calles principales, apagando los últimos faroles. Desde siempre, los porteños, no fueron de andar amaneciendo temprano.

Un carretón tirado por bueyes y portando un pesado tonel de grandes dimensiones, iba chorreando agua con su acompasado bamboleo. Sobre él, un esmirriado joven, gritaba a viva voz:

—Agüita pura pa los patrones, agüita fresquita y a buen precio. ¡No más de medio real!.

La falta de agua potable en la ciudad, generó la presencia de los llamados aguateros; los que debían extraerla del río desde los lugares más convenientes, cargarla en toneles y distribuirla por la ciudad. Y si... ya en ese entonces el agua se vendía, y a muy buen precio.

Una mujer ya entrada en años, con pasos ágiles y felinos, caminaba por el veredón esquivando algún lodazal, charcos y alguna rata moribunda.

Era el primer día, luego de más de una semana de lluvias persistentes, que el sol se dejaba ver a pleno. Próxima a la esquina, se topó con una carreta de grandes proporciones, cargada con cuatro toneles repletos de pescado. Su destino era el mercado, pero el pisar unos adoquines sueltos, le produjo una contorsión inapropiada resultando que el peso del carromato, recayera sobre su rueda izquierda, la que mordiendo el borde alto de la profunda cuneta, se partió.

Sus dos bueyes que se adivinaban blancos, fueron atados "de prepo" a las rejas voladas de un gran ventanal, para disgusto de una morena que barría la vereda.

El cochero ya dispuesto a reparar la avería, se tomaba su tiempo displicentemente, a la vez que el carromato bloqueaba la angosta callecita empedrada, impidiendo el paso. El conductor, un viejo mestizo, miró de reojo y mientras arrojaba su "chala" consumida la interrogó:

—¿Qué la van corriendo lo espíritu... abuela?

Ella había perdido hacía demasiado tiempo, las ganas de hablar. Por respeto contestó escuetamente y al paso:

—No amigo. El primer barco del día ha llegado y di seguro, han de traer gringos, que son de dejar buenas propinas...

La mujer no esperó respuesta, continuó a paso rápido hasta un parador ubicado casi sobre la costa, cerca del puerto, donde precarias carretas, transportaban pasajeros y mercaderías recién arribadas.

A un costado, se podía observar el muelle derruido; la última gran tormenta del 21 de agosto de 1820, lo había dejado maltrecho. Las radas exterior e interior eran fondeaderos abiertos, pero ninguna de ellas habían quedado operativas, desde aquel momento.

Ya cerca de las carretas podía escuchar el enojo de los transportados, por sus fuertes rezongos. La molestia de los pasajeros no era para menos. En la zona de descenso el agua estancada, el lodo, junto a animales en descomposición y restos indescriptibles, configuraban una visión donde ni paisaje, ni olor, eran gratos.

Como la profundidad del Río de la Plata era escasa, los barcos no podían acercarse al puerto, debiendo desembarcar muy lejos de la costa donde los viajantes hacían trasbordo, primero a pequeños botes y luego a estas rudimentarias carretas, que finalmente, los dejaban sobre tierra firme.

Un par de enormes ruedas unidas por un eje central giraban holgadamente, sobre puntas cónicas, lubricadas con sebo. Sobre los soportes del travesaño principal, se montaba una especie de caja de madera de no más de 40 centímetros de alto, con unos asientos de madera desvencijados, cubiertos con pellones, utilizados normalmente, para cubrir monturas.

Sobre el piso iban clavados 4 o 5 listones de madera, separados por un centímetro. Por el constante roce de la carga, estaban muy desgastados e invariablemente inundadas. Con paredes de cuero estirado, tres caballos enganchados a un largo tiro, se encargaban de desplazar el carro. Algunos hombres semidesnudos, de descuidada apariencia y peor vocabulario, los conducían. No eran para nada, un buen comité de bienvenida.

Ya era más que obvia la necesidad de levantar muelles y dársenas adecuadas para la importante ciudad, pero al parecer no había dinero, ni obreros especializados, ni decisión política de hacerlo. De hecho, estaban esperando el arribo de doscientos irlandeses prometidos por el coronel O'Brien, un viejo oficial de José de San Martín, para encargarse de la obra.

Las embarcaciones, en su gran mayoría, arribaban bien entrada la noche o muy temprano por la mañana. La constante circulación de pasajeros junto a las más variadas mercancías y suministros para los navíos, generaban un animado movimiento en la zona. Cientos de marineros de todas las naciones, entrando y saliendo de almacenes y pulperías, mostraban el lugar con un abigarrado aspecto.

—En este lugar, todos hablan en inglés. Cualquier desconocido que arribe, pensará de seguro, que estamos en una colonia británica.— Expresaba un criollo con fastidio, mientras acomodaba unas pesadas bolsas de yute.

El puerto estaba abarrotado, ya que era día de arribos. La mujer apoyada en un noray fuera de uso -elemento de hierro para sujetar amarras- fumaba un chala diminuto. No pudo evitar oír una frase de una conversación que mantenían unos hombres que pasaron caminando a su lado.

—Si no sabes inglés, no hace falta ni que te molestes en buscar trabajo en el puerto.

Le hizo gracia y a la vez le dio mucha rabia. Desistió permanecer en el lugar, así que con la misma agilidad, volvió sobre sus pasos con dirección a la Plaza de la Victoria.

Ella venía desde la zona de quintas, en las afueras de Buenos Aires, donde vivía en una casona derruida, junto a varios desamparados; antiguos esclavos negros, indios y algún mestizo.

La vida era muy difícil y peor aún la convivencia. Cada día caminaba hasta el puerto de Buenos Aires o hacía los atrios de las iglesias de San Francisco, Santo Domingo y San Ignacio o hasta la plaza de la Victoria. Allí ofrecía pasteles y tortas fritas que una parda bondadosa, le conseguía para que se gane la vida. Pero, lo único que le rendía, era mendigar para poder apenas sobrevivir.

Hacía poco tiempo que habían sido empedradas las principales calles de la ciudad. Comenzó a subir por el camino que con una suave pendiente, la conducía al centro del poblado. El paisaje fue

mejorando. Casas de mampostería, con tejas de barro fueron apareciendo en hileras perfectas, donde sobresalían a lo lejos, los campanarios de las iglesias.

El estilo de estas propiedades, derivaban de las antiguas casonas romanas. Disponían de numerosas habitaciones en torno a un patio central. Las familias importantes tenían casas de hasta tres patios. El primero de los señores, el segundo del servicio y el tercero un parque, poblado de árboles frutales, plantas, flores y un corral. De altas fachadas, con grandes ventanas y balcones con rejas voladas que daban a la calle. Un portón de hierro en la entrada, a continuación la puerta principal de madera y luego el zaguán, que conducía al interior de la vivienda.

Desde una de estas casas, un poco más grande que las demás, apareció una negra entrada en años y en kilos, a barrer el veredón con una escoba de hoja de palma. Tenía adelante, un gran jardín cuidadosamente ornamentado y un espacioso corral en el fondo, rodeada por un muro bajo, pintado de blanco. Junto al terreno, algún vecino estaba construyendo una casa nueva.

—Tenga un buen día, doña María Remedios. —Dijo la negra con ojos saltones, una sonrisa brillante y un dejo de admiración.

—Buenos días ña Ramona, saludeme a su patrona amiga. – Contesto Remedios.

—Por supuesto. Ya sabe mi negra, como me la quiere Doña Casamayor. No se olvide que si anda cerca, aquí tiene un plato de comida pa cuando guste.

—Hay Ramonita que sería de mí, sin personas como ustedes....

La morena alzó su mano en señal de despedida y continuó su marcha sumida en sus pensamientos:

—Cuantos años sirviendo a mí patria. Cuidando a estas personas, compañeras de destino. Amando a esta, mi tierra. Ahora la recorro vencida, harapienta y cansada. Con el alma vacía de sueños y deseos. Veo gente y más gente que ni recuerdo al parecer, tam-

bién he perdido mis triunfos en algún lugar del tiempo. —Se decía mientras caminaba.

Ya en la Plaza de la Victoria, a las afueras de la Iglesia Mayor, un edificio a medio construir y con derruidas paredes -recién fue consagrada en 1836 y transformada en Catedral Metropolitana-. la mujer frenó su andar apostándose en la entrada, para dar inicio a su cotidiano, odiado y entrenado acto:

—Patrón, patrona un décimo para esta pobre negra olvidada de Dios. Patrón, patrona un décimo para esta negra peleadora de la independencia.

Prefería ese lugar pues en otros, la gente acostumbraba a dar por limosna lo que tuvieran a mano, nunca dinero y allí, lo que dejaban, eran precisamente monedas.

Muchos de los transeúntes que pasaban a su lado, ni la notaban; otros mostraban un gesto de fastidio, sólo preocupados por no rozarla. Pero estaban aquellos otros, los que importaban, los que se detenían y dejaban caer una moneda, en esa blanca y callosa palma. Dudo un instante, pero el sonido proveniente del interior de la Iglesia era hermoso, le hacía acordar a su madre. Ingresó con cierto recelo a la nave principal. Ya adentro, entre luces y penumbras, el sonido, las imágenes de unos santos de mirada rigurosa y el fuerte olor a incienso la inquietaron más de lo habitual. Siguió recorriendo el interior.

El ambiente se puso frío de golpe, tanto que se cubrió con el poncho que llevaba al cinto. Velones encendidos crepitaban junto al altar mayor, mientras lúgubres mujeres de negro y arrodilladas, mantenían un monótono arrullo de rezos. Las miró un instante evaluando para adentro:

—¿Serán de mi edad las señoras? ¿Qué gran milagro les habrá concedido su diosito?.

Las ancianas cesaron de rezar mirando fijamente a la parda. Aquellas miradas bastaron, para entender que no era bien recibida en la casa de Dios. Caminó decidida hacia el pasillo central,

buscando la salida. Su alma no encontraba justificativos, para algunas actitudes. Antes de salir, levantó la vista. Colgadas del techo, más de veinte banderas españolas capturadas en distintas batallas. Todas llevaban una inscripción con el nombre de Fernando VII -Rey de España-. La escena la sobrecogió. La retornó a lugares donde no quería regresar. Recordó al capellán del ejército del norte, enumerando los mandamientos. Ya estaba afuera. Durante un instante quedo detenida entre el mundo de sus recuerdos que mira y revive y la amarga realidad. Luego, se decide y camina dejando atrás la iglesia.

Comenzó a caminar, dirigiéndose hacia la "Casa del Pueblo" -El Cabildo- donde se sentó unos minutos a la sombra de sus tejas coloradas. Un guardia apostado en el portón de entrada del departamento de policía, a la par del Cabildo, se armaba un chala. Lo miro inquieta y escondió aún más, el puñal que la acompañaba -la portación de armas blancas se había prohibido y su castigo: la cárcel- mientras otros policías, escoltaban a unos reos mulatos encadenados y en fila, al subsuelo del edificio, donde funcionaba la prisión.

Su mirada se fue perdiendo entre la bruma proveniente del río. Acudieron a su mente, imágenes recurrentes de un pasado terrible, plagado de sangre, violencia y muerte.

Golpes secos de martillos y picos, la trajeron a la realidad. Muy cerca se erguía el Fuerte de Buenos Aires. Obreros trabajaban a todo ritmo, tratando de tapar el otrora gran foso que lo circundaba, repleto de basura y grasa. Cerca de ellos, algunos trabajadores, trataban de colocar un enorme y reluciente portón de hierro en la entrada, mientras cargados carretones, retiraban los últimos restos del antiguo puente levadizo.

Bernardino Rivadavia, presidente de las Provincias Unidas del Río de la Plata, había iniciado cambios estructurales en el Fuerte desde el año anterior, y se estaban culminando. Faltaba que arriben desde Europa, unos distinguidos muebles para los solares presidenciales. Los sonidos de los trabajos, por la cercanía y la brisa, llegaban a la plaza causando más de una molestia.

La mujer negra esclava fue definida como un sujeto carente de alma, honor y por lo tanto, propensa a comportamientos sexuales desbocados, a la lujuria y al vicio, por lo que en su gran mayoría, eran manoseadas y violadas por parte de la tripulación reservando para el capitán, obviamente, la más agraciada. Mientras que los hombres permanecían desnudos y si hacía frío, eran apilados bajo la cubierta, para que entraran en calor.

Como animales eran marcados con un hierro candente, para individualizarlos y demostrar la pertenencia al negrero. Ella por ser mujer, recibió su marca en la nalga, la espalda era el lugar donde los hombres recibían la suya. Muchos negros llegaron a matarse para evitar ser marcados y otros se sentían orgullosos de poseerla.

La joven Niara se había convertido en la líder de las mujeres del grupo de esclavos en "La Consolación". Era la voz cantante para exigir mejor trato, comida, agua y todo lo destinado a mejorar las condiciones de esa terrible experiencia. Aunque pocas veces era tenida en cuenta y otras tantas, terminaba con su cara amoratada por los bruscos golpes que recibía. Aunque se supo ganar un lugar, entre propios y extraños.

En el barco se había vuelto costumbre un juego diabólico llevado acabo de madrugada, por un grupo de tripulantes alcoholizados. Aquellos marinos y el ron, mantenían una antigua y casi amorosa relación. Tanto que marinero abstemio era objeto de sospecha incluso, cuando no de total y absoluto escarnio.

Introducían a un niño esclavo de no más de diez años, con sus ojos vendados, a la cámara de las mujeres, a la primera mujer que se aferraba, era la esclava escogida. Era conducida a popa, y violada por el grupo salvajemente. Esta práctica, si bien era conocida por el capitán, también era ignorada. La práctica de depredar con violencia la castidad de las jóvenes esclavas se mantuvo noche tras noche, entre llantos, gritos y marineros alcoholizados.

Esa noche, el destino, desafío a Niara cuando fuera abrazada por el pequeño. Los marineros riendo a carcajadas bajaron para desencadenar a su presa, llevándose una sorpresa.

El navío había dejado atrás sin problema, el Cabo de Buena Esperanza, el punto más meridional del continente africano, bautizado originariamente por los portugueses como el Cabo de las Tormentas. Navegaba por aguas tranquilas. Niara junto a un grupo de mujeres, hartas de ese trato noctámbulo, habían urdido un plan. Durante días, luego de preparar las escasas raciones de comida para esclavos y tripulantes -con arroz, mijo y bananas - con frialdad y presencia de ánimo, fueron escondiendo con mucho esfuerzo, palos y cuchillos de cocina en su lugar de alojamiento.

—Mejor morir peleando, antes que ser mancillada. Esto les enseñará que molestarnos no es gratis —Se decían.

Sabían que si todo salía mal, incluso entregando sus armas sólo podían esperar una cruel venganza. A las atormentadas mujeres ya no le importaba nada. Hacía tiempo que las prisioneras habían descubierto como zafar de sus cadenas y esta vez estaban preparadas.

A la madrugada la violencia se hizo presente rompiendo la calma en "La Consolación", al irrumpir aquellos hombres alcoholizados, en el camarote de las esclavas.

Los marineros fueron recibidos a golpes y maldiciones en la penumbra. La mayoría de las mujeres que se mantenían encadenadas en la bodega, lanzaban su única defensa: el grito, con el sonido primario de sus voces alertas. Las otras mujeres estaban plantadas y enfrentándolos. Unidas y decididas, pero los infames no se amilanaron. Pese a los golpes, los puntazos y la férrea resistencia, fueron dominando la situación.

La revuelta fue intensa, tanto que despertaron al capitán del bergantín, un experimentado oficial, don José del Corazón Almeida. Un aventurero español a quién se le había otorgado patente de corso para perseguir buques de las naciones enemigas de España quién, por errores y mala conducta, terminó sirviendo en un navío negro contra su voluntad.

Al arribar a la cámara de las esclavas junto a su segundo, el cuadro era sangriento. Dos mujeres muertas a un costado, una muchacha degollada a otro costado sobre un charco de sangre, un par de mujeres moribundas, con profundas heridas punzantes y sangrando. Y algunas otras heridas. Llantos y gritos. De los hombres dos habían muerto y otros cuatro habían resultado heridos, aunque sólo dos de ellos de gravedad. Habían logrado doblegar a las mujeres y frenéticos, blandían sus látigos con furia sobre ellas.

Entre estas se encontraba Niara. Tendida en el piso, con su cuerpo sangrante, desgarrado en cientos de tiras de piel y dando alaridos de dolor. Desde aquel momento, le quedaron profundas cicatrices en su anatomía. El látigo fue una presencia continua en la vida de la familia.

A través de las lumbreras ingresaba la luz de la luna, iluminando tenuemente la cabina, por la pequeña puerta apareció el Capitán con un grupo de marineros, ordenando que se detengan con una voz de mando intensa y autoritaria. Algunos de sus hombres, rápidamente, retiraron a los perpetradores conduciéndolos hacia los jardines de popa, donde esperaron temerosos, la decisión que tomaría el Capitán. Otros se ocuparon de los heridos.

Más que por un tema moral, el capitán estaba enfurecido por la sustancial pérdida económica producida ante la muerte de tres esclavas jóvenes y el grave estado de otras; no obstante quiso darles un escarmiento a las mujeres, sin escuchar razones. Su segundo de abordó Cristián Alois, un amigo suyo, hijo de una influyente familia aristocrática, intercedió por las mujeres logrando un trato más justo. Mientras que los protagonistas de la aberración, fueron castigados sin excesivo rigor. Esa misma noche, los cuerpos de las esclavas y los marinos muertos fueron arrojados al mar junto a dos jóvenes mujeres malheridas, que semi inconscientes, no se percataron de su cruel destino.

A partir de ese momento se prohibió en "La Consolación" el abuso de bebidas alcohólicas en la dotación, principalmente del "grog"-ron mezclado con agua- protagonista de grandes borracheras que solían desembocar en situaciones como las vividas. Por otra parte, se ordenó que curaran las heridas de las mujeres y que se les diera agua. A partir de ese momento, el viaje siguió su curso aun-

que el trato de la tripulación a expensas del Capitán, se volvió un tanto menos violento con los esclavos.

Luego de una penosa, larga e indigna travesía, encerrados en minúsculos espacios bajo cubierta, hacinados, con el aire viciado, con olores nauseabundos y amarrados todos juntos, con pesados grilletes, fueron obligados a convivir durante casi todo el recorrido, con el producto de sus necesidades fisiológicas. La muerte se instalaba como un lugar común y aquellos que no morían se enfermaban. El hambre y la sed eran compañeros permanentes.

Entre 15 y 20 millones de africanos fueron obligados a cruzar el Atlántico; más de un millón de hombres, mujeres y niños capturados en África, no sobrevivieron a las condiciones inhumanas de los barcos entre el siglo XVI y hasta comienzos del XIX.

Finalmente, en los últimos días de la travesía eran mejoradas las raciones de agua y de comida; también los marineros quitaban los grilletes de los esclavos para curar las rozaduras, limpiar y afeitar a los hombres, suprimir los cabellos blancos o teñirlos de negro (para acentuar la virilidad y juventud) y untarles el cuerpo con aceite de palma, para que los esclavos tuvieran mejor aspecto y alcanzaran mejor precio. Ya arribados eran desembarcados en fila y a los empujones. Sobre una pasarela en el muelle, sometidos nuevamente, a un humillante aseo; para posteriormente ser llevados al mercado de esclavos de El Retiro y presentados en subasta pública.

El encargado de la subasta se paraba frente a la muchedumbre allí reunida mientras a los gritos, anunciaba que no daba ninguna garantía de sanidad, por lo que los compradores mismos debían examinar a los esclavos en venta. Aquellos que no podían ser vendidos se dejaban morir. Aunque se deberá reconocer que, los esclavos del Río de la Plata, gozaban de una situación bastante más suave, que en otras partes de América. Luego del remate algunos de los cautivos, para su desgracia, eran "cargados" en carreteras y enviados hacia la Ciudad Imperial de Potosí, o para Chile, donde nuevamente eran subastados, para utilizarlos en la minería.